

PLAN DE TRABAJO

- Leer fragmentos teatrales y poemas del autor.
- Reconocer su estilo y la concepción de lo trágico en su obra.
- Leer textos de crítica literaria.
- Producir una escena teatral.
- Conocer a Lorca como artista plástico a partir de sus dibujos para completar la visión de su obra.

EMPEZAMOS POR HABLAR

- Las dos obras de teatro que vas a leer fueron escritas en 1935 y 1936, respectivamente, y tienen a mujeres como protagonistas. ¿Por qué habrá quedado soltera Rosita? ¿Qué ocurrirá en la casa de Bernarda Alba? ¿Qué connotaciones tiene la palabra que sirve de apellido del personaje?
- ¿Te parece que cambió, con el transcurso del tiempo, la posición de la mujer en la sociedad?

Doña Rosita la soltera

Doña Rosita es huérfana y vive con sus tíos. Está comprometida en matrimonio con su primo.

ACTO PRIMERO

SOBRINO (*Entrando*): -Tía.

TÍA (*Sin mirarlo*): -Hola, siéntate si quieres. Rosita ya se ha marchado. [...] Algo te pasa.

SOBRINO: -Sí.

TÍA (*Inquieta*): -Casi me lo figuro. Ojalá me equivoque.

SOBRINO: -No. Lea usted.

TÍA (*Lee*): -Claro, si es natural. Por eso me opuse a tus relaciones con Rosita. Yo sabía que más tarde o más temprano te irías con tus padres. ¡Y que es ahí al lado! Cuarenta días de viaje hacen falta para llegar a Tucumán. Si fuera hombre y joven, te cruzaría la cara.

SOBRINO: -Yo no tengo culpa de querer a mi prima. ¿Se imagina usted que me voy con gusto? Precisamente quiero quedarme aquí, y a eso vengo.

TÍA: -¡Quedarte! ¡Quedarte! Tu deber es irte. [...] Pero a mí me dejas la vida amargada. De tu prima no quiero acordarme. Vas a clavar una flecha con cintas moradas sobre su corazón. Ahora se enterará de que las telas no solo sirven para hacer flores, sino para empapar con lágrimas.

SOBRINO: -¿Qué me aconseja usted?

TÍA: -Que te vayas. Piensa que tu padre es hermano mío. [...]

SOBRINO: -Pero es que yo quisiera...

TÍA: -¿Casarte? ¿Estás loco? Cuando tengas tu porvenir hecho. Y llevarte a Rosita, ¿no? Tendrías que saltar por encima de mí y de tu tío.

SOBRINO: -Todo es hablar. Demasiado sé que no puedo. Pero yo quiero que Rosita me espere. Porque volveré pronto.





TÍA: -Si antes no pegas la hebra con una tucumana. La lengua se me debió pegar en el cielo de la boca antes de consentir tu noviazgo; porque mi niña se queda sola en estas cuatro paredes, y tú te vas libre por el mar, [...] y mi niña, aquí, un día igual a otro. [...]

SOBRINO: -No hay motivo para que me hable usted de esa manera. Yo di mi palabra y la cumpliré. [...]

AMA (*Entra llorando*): -Si fuera un hombre, no se iría.

TÍA (*Llorando*): -¡Silencio! [...]

SOBRINO: -Volveré dentro de unos instantes. Dígaselo usted.

TÍA: -Descuida. Los viejos son los que tienen que llevar los malos ratos. (*Sale el sobrino*).

AMA: -¡Ay, qué lástima de mi niña! [...] ¡Estos son los hombres de ahora! Otra vez vienen los llantos a esta casa. ¡Ay, señora! (*Reaccionando*). ¡Ojalá se lo coma la serpiente del mar! [...]

Rosita regresa de su paseo y la tía comunica a Rosita la partida de su prometido.

(Queda la escena sola. Un piano lejísimo toca un estudio de Czerny. Pausa. Entra el primo, y al llegar al centro de la habitación se detiene porque entra Rosita. Quedan los dos mirándose frente a frente. El primo avanza. La enlaza por el talle. Ella inclina la cabeza sobre su hombro).

ROSITA:

¿Por qué tus ojos traidores
con los míos se fundieron?
¿Por qué tus manos tejieron,
sobre mi cabeza, flores?
¿Qué luto de ruisñores
dejas a mi juventud,

pues, siendo norte y salud
tu figura y tu presencia,
rompes con tu cruel ausencia
las cuerdas de mi laúd!

PRIMO (*La lleva a un "vis-à-vis" y se sientan*):
¡Ay, prima, tesoro mío!,
ruiseñor en la nevada,
deja tu boca cerrada
al imaginario frío;
no es de hielo mi desvío,
que, aunque atraviesa la mar,
el agua me ha de prestar
nardos de espuma y sosiego
para contener mi fuego
cuando me vaya a quemar.

ROSITA:

Una noche, adormilada
en mi balcón de jazmines,
vi bajar dos querubines
a una rosa enamorada;
ella se puso encarnada
siendo blanco su color;
pero, como tierna flor,
sus pétalos encendidos
se fueron cayendo heridos
por el beso del amor.
Así yo, primo inocente,
en mi jardín de arrayanes
daba al aire mis afanes
y mi blancura a la fuente.
Tierna gacela imprudente
alcé los ojos, te vi
y en mi corazón sentí
agujas estremecidas
que me están abriendo heridas
rojas como el alhelí.

PRIMO:

He de volver, prima mía,
para llevarte a mi lado
en barco de oro cuajado
con las velas de alegría;
luz y sombra, noche y día,
solo pensaré en quererte. [...]

Desde la partida del primo han pasado veinticinco años. El hombre no cumplió su promesa y pese a haber anunciado un casamiento por poderes con doña Rosita, la ha abandonado, y se ha casado hace ocho años ya con una tucumana.

ACTO TERCERO

ROSITA: -No se preocupe de mí, tía. Yo sé que la hipoteca la hizo para pagar mis muebles y mi ajuar, y esto es lo que me duele.

TÍA: -Tú lo merecías todo. Y todo lo que se compró es digno de ti y será hermoso el día que lo uses.

ROSITA: -¿El día que lo use?

TÍA: -¡Claro! El día de tu boda.

ROSITA: -No me haga usted hablar.

TÍA: -Ese es el defecto de las mujeres decentes de estas tierras. ¡No hablar! No hablamos y tenemos que hablar.

(A voces). ¡Ama! ¿Ha llegado el correo?

ROSITA: -¿Qué se propone usted?

TÍA: -Que me veas vivir, para que aprendas. [...] Alguna vez tengo que hablar alto. Sal de tus cuatro paredes, hija mía. No te hagas a la desgracia.

ROSITA (Arrodillada delante de ella): -Me he acostumbrado a vivir muchos años fuera de mí, pensando en cosas que estaban muy lejos, y ahora que estas cosas ya no existen sigo dando vueltas [...] buscando una salida que no he de encontrar nunca. Yo lo sabía todo. Sabía que se había casado; ya se encargó un alma caritativa de decírmelo, y he estado recibiendo sus cartas con una ilusión llena de sollozos que aun a mí misma me asombraba. Si la gente no hubiera hablado; si vosotras no lo hubierais sabido; si no lo hubiera sabido nadie más que yo, sus cartas y su mentira hubieran alimentado mi ilusión como el primer año de su ausencia. Pero lo sabían todos y yo me encontraba señalada por un dedo que hacía ridícula mi modestia de prometida y daba un aire grotesco a mi abanico de soltera. Cada año que pasaba era como una prenda íntima que arrancarían de mi cuerpo. Y hoy se casa una amiga y otra y otra, y mañana tiene un hijo y crece, y viene a enseñarme sus notas de examen, y hacen casas nuevas y canciones nuevas, y yo igual, con el mismo temblor, igual; yo, lo mismo que antes, cortando el mismo clavel, viendo las mismas nubes; y un día bajo al paseo y me doy cuenta de que no conozco a nadie; muchachas y muchachos me dejan atrás porque me canso, y uno dice: "Ahí está la solterona"; y otro, hermoso, con la cabeza rizada, que comenta: "A esa ya no hay quien le clave el diente". Y yo lo oigo y no puedo gritar, sino vamos adelante, con la boca llena de veneno



y con unas ganas enormes de huir, [...] de descansar y no moverme más, nunca, de mi rincón.

TÍA: -¡Hija! ¡Rosita!

ROSITA: -Ya soy vieja. Ayer le oí decir al Ama que todavía podía yo casarme. De ningún modo. [...] Ya perdí la esperanza de hacerlo con quien quise con toda mi sangre, con quien quise y... con quien quiero. Todo está acabado... y, sin embargo, con toda la ilusión perdida, me acuesto, y me levanto con el más terrible de los sentimientos, que es el sentimiento de tener la esperanza muerta. Quiero huir, quiero no ver, quiero quedarme serena, vacía... (¿es que no tiene derecho una pobre mujer a respirar con libertad?) Y sin embargo la esperanza me persigue, me ronda, me muerde; como un lobo moribundo que apretase sus dientes por última vez.

TÍA: -¿Por qué no me hiciste caso? ¿Por qué no te casaste con otro?

ROSITA: -Estaba atada, y además, ¿qué hombre vino a esta casa sincero y desbordante para procurarse mi cariño? Ninguno.

TÍA: -Tú no les hacías ningún caso. Tú estabas encelada por un palomo ladrón.

ROSITA: -Yo he sido siempre seria.

TÍA: -Te has aferrado a tu idea sin ver la realidad y sin tener caridad de tu porvenir.

ROSITA: -Soy como soy. Y no me puedo cambiar. Ahora lo único que me queda es mi dignidad. Lo que tengo por dentro lo guardo para mí sola.

TÍA: -Eso es lo que yo no quiero.

AMA (*Saliendo de pronto*): -¡Ni yo tampoco! Tú hablas, te desahogas, nos hartamos de llorar las tres y nos repartimos el sentimiento.

ROSITA: -¿Y qué os voy a decir? Hay cosas que no se pueden decir porque no hay palabras para decirlas; y si las hubiera, nadie entendería su significado. Me entendéis si pido pan y agua y hasta un beso, pero nunca me podríais ni entender ni quitar esta mano oscura que no sé si me hiela o me abrasa el corazón cada vez que me quedo sola.

AMA: -Ya está diciendo algo.

TÍA: -Para todo hay consuelo.

ROSITA: -Sería el cuento de nunca acabar. Yo sé que los ojos los tendré siempre jóvenes, y sé que la espalda se me irá curvando cada día. Después de todo, lo que me ha pasado le ha pasado a mil mujeres. (*Pausa*). Pero ¿por qué estoy yo hablando todo esto? (*Al Ama*). Tú, vete a arreglar cosas, [...]; y usted, tía, no se preocupe de mí. (*Pausa. Al Ama*). ¡Vamos! No me agrada que me miréis así. Me molestan esas miradas de perros fieles. (*Se va el Ama*). Esas miradas de lástima que me perturban y me indignan.

TÍA: -Hija, ¿qué quieres que yo haga?

ROSITA: -Dejarme como cosa perdida. (*Pausa. Se pasea*). Ya sé que se está usted acordando de su hermana la solterona..., solterona como yo. Era agria y odiaba a los niños y a toda la que se ponía un traje nuevo..., pero yo no seré así. (*Pausa*). Le pido perdón.

GARCÍA LORCA, FEDERICO.
Doña Rosita la soltera o
El lenguaje de las flores. En *Obras completas*.
Madrid, Aguilar, 1962. Fragmento.



GLOSARIO

- pegar la hebra.** Entablar conversación.
- el cielo de la boca.** Paladar.
- Czerny.** Pianista, compositor y profesor austriaco del siglo XIX recordado por sus estudios para piano.
- laúd.** Instrumento musical de cuerda.
- vis-à-vis.** Enfrentarse, estar cara a cara.
- nardo.** Flor blanca muy olorosa.
- sosiego.** Quietud, tranquilidad.
- querubín.** Ángel.
- gacela.** Animal parecido al antílope.
- cuajado.** Recargado de adornos.
- ajuar.** Conjunto de ropa que la mujer aporta al matrimonio.
- caritativa.** Solidaria con el prójimo.

La casa de Bernarda Alba

El segundo marido de Bernarda Alba, padre de cuatro de sus cinco hijas, ha muerto y es el día del entierro.

ACTO PRIMERO

LA PONCIA: [...] -¡Ay! ¡Gracias a Dios que estamos solas un poquito! Yo he venido a comer.

CRIADA: -¡Si te viera Bernarda!...

LA PONCIA: -¡Quisiera que ahora, que no come ella, que todas nos muriéramos de hambre! [...] ¡Pero se fastidia! Le he abierto la orza de chorizos.

CRIADA: *(Con tristeza, ansiosa)*: -¿Por qué no me das para mi niña, Poncia?

LA PONCIA: -Entra y llévate también un puñado de garbanzos. ¡Hoy no se dará cuenta! [...] Es capaz de sentarse encima de tu corazón y ver cómo te mueres durante un año sin que se le cierre esa sonrisa fría que lleva en su maldita cara. [...] Treinta años lavando sus sábanas; [...] días enteros mirando por la rendija para espiar a los vecinos y llevarle el cuento; vida sin secretos una con otra, y sin embargo, [...] ¡Mal dolor de clavo le pinche en los ojos! [...] Pero yo soy buena perra; ladro cuando me lo dicen [...]; mis hijos trabajan en sus tierras y ya están los dos casados, pero un día me hartaré.

CRIADA: -Y ese día...

LA PONCIA: -Ese día me encerraré con ella en un cuarto y le estaré escupiendo un año entero [...] hasta ponerla como un lagarto [...]. Claro es que no le envidio la vida. Le quedan [...] cinco hijas feas, que quitando Angustias, la mayor, que es la hija del primer marido y tiene dineros, las demás [...] muchas camisas de hilo, pero pan y uvas por toda herencia.

CRIADA: -¡Ya quisiera tener yo lo que ellas!

LA PONCIA: -Nosotras tenemos nuestras manos y un hoyo en la tierra de la verdad.

CRIADA: -Esa es la única tierra que nos dejan a las que no tenemos nada. [...]

El entierro ha finalizado y Bernarda y sus hijas comienzan a guardar luto.

BERNARDA *(Arrojando el abanico al suelo)*: -¿Es este el abanico que se da a una viuda? Dame uno negro y aprende a respetar el luto de tu padre.



MARTIRIO: -Tome usted el mío.

BERNARDA: -¿Y tú?

MARTIRIO: -Yo no tengo calor.

BERNARDA: -Pues busca otro, que te hará falta. En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Hacemos cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas. [...]

MAGDALENA: -[...] Prefiero llevar sacos al molino. Todo menos estar sentada días y días dentro de esta sala oscura.

BERNARDA: -Eso tiene ser mujer.

MAGDALENA: -Malditas sean las mujeres.

BERNARDA: -Aquí se hace lo que yo mando. [...] Hilo y aguja para las hembras. látigo y mula para el varón. Eso tiene la gente que nace con posibles.

Angustias, la hija mayor y poseedora de una herencia, ha sido pedida en matrimonio por Pepe el Romano, quien mantiene amores secretos con la menor de las hijas de Bernarda, Adela. Otra de las hermanas, Martirio, está secretamente enamorada de Pepe.

ACTO SEGUNDO

MAGDALENA: -Pues, ¿no estabas dormida?

ADELA: -Tengo mal cuerpo.

MARTIRIO *(Con intención)*: -¿Es que no has dormido bien? [...]

ADELA *(Fuerte)*: -¡Durmiendo o velando, no tienes por qué meterte en lo mío! ¡Yo hago con mi cuerpo lo que me parece!

MARTIRIO: -¡Solo es interés por ti!

ADELA: -Interés o inquisición. ¿No estabais cosiendo?
¡Quisiera ser invisible, [...] sin que me preguntarais
dónde voy!

CRIADA (*Entra*): -Bernarda os llama. Está el hombre de
los encajes. (*Salen*).

(*Al salir, Martirio mira fijamente a Adela*).

ADELA: -¡No me mires más! Si quieres te daré mis ojos,
que son frescos, y mis espaldas para que te compongas la
joroba [...], pero vuelve la cabeza cuando yo paso.

(*Se va Martirio*).

LA PONCIA: -¡Que es tu hermana [...]!

ADELA: -Me sigue a todos lados. [...] No me deja respirar.
Y siempre: [...] "¡Qué lástima de cuerpo que no vaya a
ser para nadie!" ¡Y eso no! Mi cuerpo será de quien yo
quiera.

LA PONCIA: (*Con intención y en voz baja*) -De Pepe el Ro-
mano. ¿No es eso?

ADELA: (*Sobrecogida*) -¿Qué dices?

LA PONCIA: -Lo que digo, Adela. [...] Las viejas vemos
a través de las paredes. ¿Dónde vas de noche cuando te
levantas?

ADELA: -¡Ciega debías estar!

LA PONCIA: -Con la cabeza y las manos llenas de
ojos cuando se trata de lo que se trata. Por mucho
que pienso no sé lo que te propones. [...] ¡Deja en
paz a tu hermana y si Pepe el Romano te gusta, te
aguantas! (*Adela llora*). Además, ¿quién dice que no
te puedas casar con él? Tu hermana [...] es una en-
ferma. Esa no resiste el primer parto. [...] Se morirá.
Entonces Pepe [...] se casará con la más joven, la
más hermosa, y esa eres tú. Alimenta esa esperanza,
[...] no vayas contra la ley de Dios. [...]

ADELA: -Métete en tus cosas, ¡oledora!

LA PONCIA: -Sombra tuya he de ser. [...] Para que las
gentes no escupan al pasar por esta puerta.

ADELA: -¡Qué cariño tan grande te ha entrado de pronto
por mi hermana!

LA PONCIA: -No os tengo ley a ninguna, pero quiero vi-
vir en casa decente. [...]

ADELA: -Es inútil tu consejo. [...]. No por encima
de ti, que eres una criada, por encima de mi madre
saltaría para apagarme este fuego [...]. ¿Qué puedes
decir de mí? ¿Que me encierro en mi cuarto [...]?
¿Que no duermo? ¡Soy más lista que tú! Mira a ver si
puedes agarrar la liebre con tus manos.

LA PONCIA: -[...] Adela, no me desafíes. Porque yo
puedo [...] encender luces y hacer que toquen las
campanas.

ADELA: -Trae cuatro mil bengalas amarillas y ponlas en las
bardas del corral. Nadie podrá evitar que suceda lo que
tiene que suceder.

LA PONCIA: -¡Tanto te gusta ese hombre!
ADELA: -¡Tanto! Mirando sus ojos me parece que bebo su
sangre lentamente.

LA PONCIA: -Yo no te puedo oír.

ADELA: -¡Pues me oírás! Te he tenido miedo. ¡Pero ya soy
más fuerte que tú!

*El conflicto entre Adela y Martirio va in crescendo. La Poncia
advierde a Bernarda de que algo sucede en la casa, pero ella se
niega a admitir que sus hijas puedan pelear por un hombre o
que algo escape a su control.*

ACTO TERCERO

MARTIRIO: (*En voz baja*) -Adela. [...] ¡Adela!
(*Aparece Adela [...] despeinada*).

ADELA: -¿Por qué me buscas?

MARTIRIO: -¡Deja a ese hombre!

ADELA: -¿Quién eres tú para decírmelo?

MARTIRIO: -No es ese el sitio de una mujer honrada.

ADELA: -¡Con qué ganas te has quedado de ocuparlo!

MARTIRIO: (*En voz alta*) -Ha llegado el momento de que
yo hable. Esto no puede seguir así.

ADELA: -Esto no es más que el comienzo. He tenido fuer-
za para adelantarme. El brío y el mérito que tú no tienes.
He visto la muerte debajo de estos techos y he salido a
buscar lo que era mío, lo que me pertenecía.

MARTIRIO: -Ese hombre sin alma vino por otra. Tú te has
atravesado.

ADELA: -Vino por el dinero, pero sus ojos los puso siem-
pre en mí.

MARTIRIO: -Yo no permitiré que lo arrebatas. Él se casará
con Angustias.

ADELA: -Sabes [...] que no la quiere.

MARTIRIO: -Lo sé.

ADELA: -Sabes, porque lo has visto, que me quiere a mí.

MARTIRIO: (*Desesperada*) -Sí.

ADELA: (*Acercándose*) -Me quiere a mí, me quiere a mí.

MARTIRIO: -Clávame un cuchillo si es tu gusto, pero no
me lo digas más.

- ADELA: -Por eso procuras que no vaya con él. [...] Ya puede estar cien años con Angustias. Pero que me abra- ce a mí se te hace terrible, porque tú lo quieres también, ¡lo quieres!
- MARTIRIO: (*Dramática*) -¡Sí! [...] Déjame que el pecho se me rompa como una granada de amargura. ¡Le quiero!
- ADELA: (*En un arranque, y abrazándola*) -Martirio, Marti- rio, yo no tengo la culpa.
- MARTIRIO: -¡No me abrases! [...] Mi sangre ya no es la tuya, y aunque quisiera verte como hermana no te miro ya más que como mujer. (*La rechaza*). [...] ¡Calla!
- ADELA: -Sí, sí. (*En voz baja*). Vamos a dormir, vamos a dejar que se case con Angustias. Ya no me importa. Pero yo me iré a una casita sola donde él me verá [...] cuando le venga en gana. [...]
- MARTIRIO: -No levantes esa voz que me irrita. Tengo el corazón lleno de una fuerza tan mala, que sin quererlo yo, a mí misma me ahoga.
- ADELA: -Nos enseñan a querer a las hermanas. Dios me ha debido dejar sola, en medio de la oscuridad, porque te veo como si no te hubiera visto nunca.
- (*Se oye un silbido y Adela corre a la puerta, pero Martirio se le pone delante*).
- MARTIRIO: -¿Dónde vas?
- ADELA: -¡Quítate de la puerta! [...] (*Lucha*).
- MARTIRIO: (*A voces*) -¡Madre, madre! [...]
- BERNARDA: -Quietas, quietas. ¡Qué pobreza la mía, no poder tener un rayo entre los dedos!
- MARTIRIO: (*Señalando a Adela*) -¡Estaba con él! ¡Mira esas enaguas llenas de paja [...]
- BERNARDA: -¡Esa es la cama de las mal nacidas! (*Se dirige furiosa hacia Adela*).
- ADELA: (*Haciéndole frente*) -¡Aquí se acabaron las vo- ces de presidio! (*Adela arrebató un bastón a su madre y lo parte en dos*). Esto hago yo con la vara de la domi- nadora. No dé usted un paso más. En mí no manda nadie más que Pepe.
- (*Sale Magdalena*).
- MAGDALENA: -¡Adela!
- (*Salen La Poncia y Angustias*).
- ADELA: -Yo soy su mujer. (*A Angustias*). Entérate tú y ve al corral a decírselo. Él dominará toda esta casa. [...]
- ANGUSTIAS: -¡Dios mío!
- BERNARDA: -¡La escopeta! ¿Dónde está la escopeta?
- (*Sale corriendo. Aparece Amelia por el fondo, [...] Sale detrás Martirio*).
- ADELA: -¡Nadie podrá conmigo! (*Va a salir*). [...] (*Suena un disparo. Bernarda entra*).
- BERNARDA: -Atrévete a buscarlo ahora.
- MARTIRIO: -Se acabó Pepe el Romano.
- ADELA: -¡Pepe! ¡Dios mío! (*Sale corriendo*).
- LA PONCIA: -¿Pero lo habéis matado?
- MARTIRIO: -No. Salió corriendo en su jaca. [...]
- MAGDALENA: -¿Por qué lo has dicho entonces?
- MARTIRIO: -¡Por ella! Hubiera volcado un río de san- gre sobre su cabeza.
- LA PONCIA: -Maldita. [...]
- BERNARDA: -Aunque es mejor así. (*Suena un golpe*). ¡Adela, Adela!
- LA PONCIA: (*En la puerta*) -¡Abre! [...]
- BERNARDA: (*En voz baja, como un rugido*) -¡Abre, por- que echaré abajo la puerta! (*Pausa. Todo queda en silen- cio*). ¡Adela! (*Se retira de la puerta*). ¡Trae un martillo! (*La Poncia da un empujón y entra. Al entrar da un grito y sale*). ¿Qué?
- LA PONCIA: (*Se lleva las manos al cuello*) -¡Nunca tenga- mos ese fin! [...] ¡No entres!
- BERNARDA: -[...] Llévala a su cuarto y vestidla como si fuera doncella. ¡Nadie dirá nada! [...]
- MARTIRIO: -Dichosa ella mil veces que lo pudo tener.
- BERNARDA: -Y no quiero llantos. La muerte hay que mi- rarla cara a cara. ¡Silencio! (*A otra hija*). ¡A callar he di- cho! (*A otra hija*). ¡Las lágrimas cuando estés sola! Nos hundiremos todas en un mar de luto. Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho! ¡Silencio!

GARCÍA LORCA, FEDERICO. *La casa de Bernarda Alba*.
En Obras completas.
Madrid, Aguilar, 1962. Fragmento.

GLOSARIO

- orza. Vasija.
- nacer con posibles. Nacer en una clase social privilegiada.
- tener mal cuerpo. No sentirse bien.
- inquisición. Examen minucioso de algo.
- tener ley a alguien. Preferir.
- agarrar la liebre con las manos. Atrapar algo o a al- guien muy difícil.
- jaca. Cabalgadura.